

ron sucesivamente el Alcha y el Velvete, y al quebrar el alba se encontraron en las riberas del Samur, que se deslizaba ancho y majestuoso, y arrastrados por cuyas aguas se veían grandes piedras y árboles desarraigados que flotaban en su superficie como briznas de paja en la haz de un arroyo.

Esta vez Iscánder cedió al consejo de Yusuf y se detuvo.

Los jinetes echaron pie á tierra para dar descanso á sus caballos, y se tendieron sobre sus burcas.

Pero Yusuf no era hombre que pudiese pegar los ojos sin referir algunas de sus proezas, y así lo hizo; Iscánder le escuchó ahora sin interrumpirle ni chun-garse, tal era el sueño que de él iba apoderándose.

El uno contaba lo que nunca había pasado; el otro soñaba en lo que iba á acontecerle.

Por fin Yusuf, al ver que él solo sostenía la conversación, resolvió dormirse.

Iscánder se le había anticipado hacía ya mucho tiempo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FELIX ARRIAGA REYES"
Avenida. 2625 MONTEPERREY, MÉRIDA

VII

Mollah-Nur

Grato es verse despertado por el primer rayo de sol, cuando este rayo pasa al través de una cortina de seda y levanta del rostro de la mujer que descansa á nuestro lado, fresca cual gota de rocío sobre una hoja, el negro velo de la noche; pero más grato es todavía abrir, tras corto sueño, los ojos bajo un cielo sereno, y encontrarse de improviso en presencia de la risueña naturaleza. La desposada está siempre más seductiva que la esposa; y ¿qué es la naturaleza sino la eterna desposada del hombre?

Iscánder abrió poco á poco los párpados, todavía pesados por el sueño, y admiró el espléndido cuadro de la mañana. En torno de él ondulaba el bosque, que ostentaba su esmeraldino verdor meridional; encima de su cabeza resplandecía y humeaba el nevado Chakh-Dague, y á sus pies se deslizaba el ruidoso

Samur, ora deshecho en cascadas, ya desarrollando sus ondas en forma de largos anillos semejantes á los de descomunal serpiente cogida entre los peñascos.

En las márgenes del lecho en que rugía la corriente, el ruiseñor entonaba sus armónicas notas.

Iscander permaneció en éxtasis por unos instantes; pero en el preciso momento en que el ruiseñor anudaba su interrumpido canto, llamóle á la realidad un ronquido formidable de Yusuf.

La nariz del durmiente salía de su burca no menos de dos á tres pulgadas.

Iscánder sacudió por la nariz á su compañero, que se despertó sobresaltado y diciendo:

—¡Hola! ¿quién va allá? ¡Ah! ¿eres tú? El diablo cargue contigo. ¿Dónde se ha visto sacudir la nariz de un hombre, como un jefe de oficina ruso sacude la campanilla cuando llama á sus porteros? Sabe, Iscánder, que cuando Alá ha favorecido á un mortal con una nariz como la mía, es para que imponga el respeto y la admiración á todos. Yo admiro y respeto mi nariz; y si no ves de participar de mis sentimientos respecto de ella, vamos á descompadrarnos.

—Mi querido Yusuf, te pido mil perdones; pero cuando ando de prisa, tiro de las gentes por lo primero que me viene á mano; y lo primero tuyo que me ha venido á mano, ó más bien dicho lo único, pues el resto estaba oculto por tu burca, ha sido tu nariz, y de ella he tirado.

—Mira, amigo, repuso Yusuf, un día vamos á incomodarnos, y de ahora para entonces te prevengo que voy á darte un que sentir. ¿Contra qué diablos estabas resentido? Vamos á ver.

—Contra ese maldito ruiseñor que, con sus gorjeos, me impedía oír tus ronquidos; porque has de saber que roncás tan armoniosamente, que comparado con las piezas que tocas de tuyo con la nariz mientras estás durmiendo, el jurna georgiano no es sino una trompetilla de estaño.

—Esto lo dices para apaciguarme; pero en toda tu vida puedas alimentarte sino de olor de rosas y lleves clavadas todas sus espinas en las suelas de tus botas, si nunca...

—¿Oyes, Yusuf? preguntó Iscánder interrumpiendo á su compañero.

—No oigo sino la voz del mollah de Seyfuri, respondió con inquietud el beg, después de prestar oído atento por espacio de algunos segundos.

—Y ¿qué dice el mollah de Seyfuri? «Despertaos, fieles mulsumanes; la oración es más provechosa que el sueño». Todavía nos falta andar buen trecho; oremos, pues, y sigamos adelante.

Yusuf cedió á la invitación mascullando algunas palabras. Háblele parecido que durante la discusión Iscánder le cediera terreno, y como esto le acontecía muy rara vez, hubiera querido aprovecharse de la disposición de ánimo en que parecía encontrarse el joven.

En haciendo sus abluciones y elevado sus preces á Alá, nuestros viajeros se dispusieron á vadear el río.

El agua no era muy profunda; no obstante, aquellos que conocen los ríos de las montañas, y principalmente los que conocen el Samur, saben que el vadeo de un río es más peligroso que un combate.

En este caso todo depende del caballo que uno monta; ¡ay si el animal da un paso en vago!

La costumbre empero hace que todos los viajeros miren con indiferencia los vados, por más que todos los años perezcan algunos en la demanda.

Gracias á su destreza y á la costumbre, y en primer lugar á la excelencia de sus caballos, los dos begs llegaron sanos y salvos á la margen opuesta del Samur.

Yusuf, que mientras durara el paso había permanecido mudo como una tenca, se puso á gruñir de nuevo tan pronto llegó á tierra firme.

—El diablo se lleve este río maldito, exclamó; de

buena gana arrojaría un puercito en sus aguas. ¡Pensar que en otoño y en invierno está del tal modo seco que una rana que lo atravesase no puede llegar siquiera á mojarse las patas!

—¿En casa de quién nos detendremos en Seyfuri? preguntó Iscánder, sin hacer caso de las jeremiadas de su compañero; el cual, pasado el peligro, le había olvidado. Yo no conozco en ella alma viviente, y es menester que así nuestros caballos como nosotros almorcemos.

—Con un haz de paja encendido quemaría las barbas á todos estos malandrines, respondió Yusuf. Es evidente que sin una orden del gobernador, ni uno de ellos va á ofrecernos una gota de agua ó un rábano, aun cuando vieses que nos caíamos de sed ó de hambre.

—Los habitantes de Seyfuri no son mejores ni peores que los de Derbend; con todo, en último resultado podemos contar con los tártaros.

—Veremos... Tal vez con dinero obtendremos algo de ellos... De paso mira en los patios; yo haré lo mismo. Quizá demos con una barba entrecana, que siempre vale más que una barba roja. La barba entrecana suele ser un estaroste, en tanto que la barba roja es un hombre rico. Casi indefectiblemente la barba roja tiene dinero y una mujer hermosa, razones ambas para cerrar á cal y canto la puerta á dos mancebos tan garridos como nosotros. Mira, ahí precisamente lo que yo buscaba... ¡He! ¡amigo! continuó Yusuf, dirigiéndose á un hombre de barba canosa, ¿podemos descansar una hora en vuestra casa y tomar un bocado?

—¿Estáis de servicio? preguntó el interrogado, alto y sombrío tártaro.

—No, amigo.

—¿Traéis orden del gobernador?

—Dinero traemos y nada más.

—Basta para que seáis bien acogidos en mi casa:

con frecuencia recibo á señores del Corasán, y gracias á Alá, nunca jinetes ni caballos han tenido motivo de queja de Agraine.

Abriéronse de par en par las puertas, y los viajeros entraron en el patio, se apearon, desensillaron los caballos y les echaron avena.

Digamos de paso que los habitantes del Daghestán son limpios de sobra y viven en casas por lo regular labradas de ladrillos, de dos pisos y encaladas.

De una de dichas casas era dueño Agraine, y al piso primero de la misma invitó á subir á sus huéspedes.

Yusuf no se hizo de rogar y mostró el camino á Iscánder.

Al llegar á la puerta del primer aposento, Agraine les tomó las armas y las arrimó á la pared, queriendo demostrar con ello, que pues se encontraban en su casa, á él le correspondía desde entonces velar por su seguridad.

Una vez en la pieza, Iscánder y Yusuf no vieron en ella sino unos pantalones de mujer.

No hay cosa que exaspere tanto á un asiático, y en general á un musulmán, sea quien fuere, como una pregunta respecto de su esposa.

Hadji Yusuf se moría de deseos de interrogar á su anfitrión acerca de los aludidos pantalones; pero Agraine era propietario de una de esas fisonomías que matan la zumba en los labios de un impertinente.

—¿No nos darías un pellizco de arroz cocido con manteca y carne, amigo? preguntó Yusuf al tártaro.

—Ni el profeta mismo lo comió nunca semejante al que condimentaba mi mujer, respondió Agraine. ¡Alá de Alá! todos mis visitantes se aflaban los dedos de puro lamérselos, tan suculento estaba.

—¿Qué diablos nos está espetando ahí? preguntó Iscánder á su compañero.

—No sé, pero hablando como habla en pretérito, me parece que el tunante cuenta no agasajarnos más que con los pantalones de su mujer.

—¿Por qué no? dijo Iscánder; no les falta pringue para eso.

Luego, dirigiéndose al tártaro, el joven continuó:

—Dime, amigo, ¿no habría medio de conseguir un plato de sopa y un pedazo de chislic? Traemos pan y queso: pero éste está demasiado duro y aquél sobradamente húmedo.

—¿Sopa has dicho? Y ¿de dónde quieres tú que saque yo la sopa? respondió Agraine. ¿Chislic solicitas? ¿Adónde quieres que vaya por él? Kha-Muelle se ha comido mis carneros hasta la última pezuña. ¡Ah! ¡qué rico chislic el que hacía mi mujer, mi joven y hermosa Umi! añadió el tártaro, relamiéndose de gusto.

—Y ¿dónde se encuentra tu joven y hermosa Umi? preguntó Yusuf.

—Está muerta y sepultada, respondió el tártaro. Con ella enterré mis últimos cincuenta rublos; de ella no me quedan sino sus pantalones, sobre los cuales vierto raudales de lágrimas.

Y en efecto, el tártaro tomó los pantalones y los besó llorando.

—Es un buen recuerdo, dijo Yusuf. ¿Conque era una mujer que no tenía precio tu joven y hermosa Umi? Danos á cada uno una taza de leche y la lloraremos contigo.

—¿Leche? ¿leche? ¡Ay de mí! á quien era de ver hacerla manar de las ubres de las vacas con sus dedos más blancos que ella, era á mi querida Umi: pero fuese ésta, y con ella las vacas, y con las vacas la leche, y ahora...

—Ahora empiezas á apurarnos la paciencia con tu joven y hermosa Umi, exclamó Yusuf. Si nos traes una taza de leche á cada uno, te ganas cincuenta copecs, sino vete á la porra.

Y empujando á Agraine fuera de la pieza:

—¡Vaya con el pedazo de bruto esel! continuó viniendo á sentarse al lado de Iscánder y ensayando

hincar el diente en el queso; por dos cebollas vendería yo á la madre que lo parió. ¡Todos los gallos de aldea están cantando en mi estómago, y el pillastre ese, á quien Alá confunda, quiere alimentarnos con los pantalones de su joven y hermosa Umi! ¡Voto va! ahora revuelve nuestros fusiles y se pone á hablar con los transeuntes. ¡He, pillastre! ¿qué tienes que chuchear con ese lesghiano ruin, como una bayadera de Chumac, en lugar de traernos condumio? ¡Alá sea conmigo! perc me acosa tanto el hambre, que me comería el pez que originó el diluvio al pasar del Ganges al mar. ¡Hola! tráenos algo, ¡vivo!

—Luego, respondió el tártaro.

En efecto, poco después regresó éste con una taza de leche en cada mano.

Nuestros viajeros mojaron su pan en el blanco licor, mientras su anfitrión volvía á tomar sus lágrimas donde las dejara y fijaba de nuevo los ojos en los pantalones de su mujer.

En concluyendo su frugal almuerzo, Yusuf arrojó sesenta copecs sobre los pantalones de la joven y hermosa Umi, y él é Iscánder se subieron otra vez sobre sus respectivos caballos; luego tomaron los dos el camino de las montañas, y á no tardar dejaron á sus espaldas el aúl de Seyfuri.

—Vuelve la cabeza, dijo á Iscánder Yusuf, siempre ojo avizor. El mismo lesghiano que ha estado hablando con el sensible Agraine nos sigue con los ojos y mira adónde nos dirigimos.

Efectivamente, á espaldas de los dos viajeros y subido sobre una pequeña eminencia, veíase al interlocutor del posadero tártaro; pero el lesghiano, al notar que á su vez era objeto de la atención de aquéllos, desapareció.

—¿Y qué? preguntó Iscánder.

—¡Qué quieres! no me fio de esos pillastres.

—A darte crédito, no habría pastor que no fuese bandido.

—¡Sí, que los pastores de esta tierra son de miel y almendras! Los montañeses asesinan á los viajeros y desbalijan á las caravanas, y los pastores alimentan á los montañeses y les guardan su botín ¿Qué son sino montañeses todos los que componen la gavilla de Mollah-Nur? Y ¿quién alimenta á Mollah-Nur y á su gavilla sino los pastores?

—¿Y qué? ¿Acaso Mollah-Nur y sus montañeses no son de carne y hueso como nosotros? Lléveme el diablo si no me despiertas el deseo de encontrarle, no fuese sino por curiosidad y para ver si, como pregona la fama, tiene á prueba de bala el pellejo.

—Ea, volvemos á las andadas. Estos deseos no se le acuden sino á un perro ó á un pagano, y tú no eres lo uno ni lo otro. ¿Tan pesado te parece llevar el alma en el cuerpo y la cabeza entre los hombros? El diablo me arranque la nariz si no prefiero habérmelas con un león á encontrarme con Mollah-Nur... Pero ¿por qué te detienes?

—Si de ti no se hubiese apoderado el miedo no te habrías extraviado del camino. Mira adonde me has conducido. Satanás mismo no pasaría por aquí sin linterna.

En efecto, Iscánder y Yusuf se encontraban en medio de una escarpada montaña que, por decirlo así, formaba el primer escalón del Chakh-Dague; y tan peligroso se hacía el camino, que los dos viajeros se vieron obligados á apearse y asirse de las colas de sus caballos.

Por fin llegaron á una meseta, y Yusuf, que había permanecido mudo mientras durara el peligro, siguiendo su costumbre, una vez en salvo se puso á echar votos y á blasfemar.

—El rabo del diablo desmenuce cual picadillo, esta maldita montaña, dijo; conviértanla en su escarbadero todos los jabalies del Daghestán; vuélvala de arriba á bajo un terremoto, y pulverícela el rayo.

—Tú eres el culpado y te las has contra la mon-

taña, repuso Iscánder encogiendo los hombros. ¿No me has dicho tú que conocías el camino como los bolsillos de tu madre, que me conducirías al través de los desfiladeros del Chakh-Dague con la misma seguridad que por los pasillos de un bazar, y que habías jugado á la taba sobre todos sus peñascos y al hoyuelo en todas sus cavernas? ¿Me has dicho ó no me has dicho eso?

—Sí, te lo he dicho. ¡Pues qué! ¿no subí acaso, hace tres años, al picacho más alto del Chakh-Dague? A bien que entonces la montaña no era tan escarpada como lo es en la actualidad.

Efectivamente, desde el punto adonde llegaron los viajeros, el Chakh-Dague, con sus picos cubiertos de nieve, ofrecía el aspecto de una muralla coronada de blancas almenas.

Iscánder y Yusuf, que comprendieron la imposibilidad de escalar por aquel lado las alturas, resolvieron tantear la empresa por el lado oriental; pero del proyecto á la práctica había una distancia inmensa. Todo era salvaje y solitario en aquellas escarpadas pendientes; sólo las águilas con sus gritos turbaban aquel silencio de muerte.

El joven se volvió hacia Yusuf y le miró con gesto que quería decir: “¿Qué hacemos?”

—Maldito sea mil millones de veces ese miserable Chakh-Dague. Ahí cómo recibe las visitas el mal educado. Se envuelve en su bachlic, se encierra en sus murallas y retira la escalera. ¿Adónde vamos á ir ahora? ¿arriba ó abajo de la montaña? ¡Voto á tall pide tú consejo á quien quieras; cuanto á mí, voy á pedirselo á mi botella.

Y Yusuf se sacó de la faltriquera una calabaza llena de aguardiente.

—¡Ah, pecador empedernido! dijo Iscánder á su compañero. ¿No te basta con tu propia locura, que todavía añades la del vino?

—No es vino.

—¿Pues qué?

—Aguardiente.

—Lo mismo da.

—Te equivocas: Mahoma prohibió el vino, pero no el aguardiente.

—¿Yo lo creo! como que todavía no lo habían inventado en su tiempo; de consiguiente no podía prohibir lo que no existía.

—Ahí en lo que padeces error, Iscánder. Mahoma, en razón de ser profeta, sabía muy bien que tiempo á venir inventarían el aguardiente; y si no lo sabía... claro, era un falso profeta.

—Déjate de blasfemias, Yusuf, dijo Iscánder arrugando el ceño, y busquemos nuestro camino.

—¿Nuestro camino? aquí está, repuso Yusuf. Y dando un golpe á la calabaza, se la llevó á los labios, cerró beatíficamente los ojos, y envasó cinco ó seis sorbos del licor cuya ortodoxia era puesta en tela de juicio.

—¡Yusuf! ¡Yusuf! exclamó Iscánder, escucha lo que voy á decirte: con semejante guía, vas á llegar más pronto al infierno que no al cielo.

—¿Sí? replicó Yusuf, pues mira, antes de dar este tiento á mi calabaza, no veía sino un solo sendero, y ahora ¡brrr! veo una docena.

—Enhorabuena; pero no seré yo quien los siga. Toma tú por la derecha, ó por donde quieras. Yo voy á ensayar subir en línea recta. Como uno de los dos dé con un buen paso, el que le haya encontrado vendrá aquí y llamará á su compañero, ó lo aguardará. Por mi parte me tomo media hora y te concedo otro espacio igual de tiempo. Hasta la vista.

Hadji Yusuf, calentado de cascos por los cinco ó seis sorbos de aguardiente que trasegara en su estómago, sin dignarse siquiera contestar á Iscánder, partió resueltamente en busca de un sendero.

Por su parte, Iscánder, asido de la brida de su caballo, empezó á trepar en línea recta la montaña.

El sol estaba próximo á su ocaso.

VIII

Cómo Yusuf llegó, más pronto que no hubiese querido, á la cumbre del Chakh-Dague

Exactamente encima del sitio donde se separaron los dos viajeros, hacia el límite de las nubes y de las nieves, se elevaba un grandioso peñasco, en la aplanaada cúspide del cual hombres y caballos hallaban un refugio.

En dicha meseta había diez y seis tártaros y un leghiano tendidos alrededor de una fógata, y no lejos se veían otros tantos caballos que estaban comiendo hierbas segadas con puñales.

A contados pasos de los que estaban tendidos en torno del fuego, y tendido á su vez sobre una alfombra, había un hombre que frisaba en los cuarenta, notable por la hermosura de su semblante y la tranquilidad de sus facciones, el cual iba muy sencillamente vestido. Sólo, y aun no como señal de ri-

queza, sino de hábitos guerreros, el oro y la plata brillaban en la montura de su fusil y en la vaina y la empuñadura de su candjjar.

Dicho individuo estaba fumando una chibuce, miraba con amor á un mancebo que dormía sobre sus rodillas, y ora movía la cabeza dando un suspiro, ora suspiraba penosamente al tender una mirada investigadora en torno suyo.

Era Mollah-Nur, el azote del Daghestán; el salteador Mollah-Nur con su gavilla.

De improviso el bandido vió á Yusuf, quien, á mil pies debajo de él, seguía buscando un sendero para escalar el Chakh-Dague, y avanzaba con precaución en medio de las piedras.

Por espacio de algún tiempo, Mollah-Nur, incorporado, siguió con la mirada al viajero; luego sonrió, é inclinándose hasta el oído del mozo, le dijo:

—Despierta, Gulchada.

Gulchada, en tártaro, quiere decir *rosa*.

El joven abrió los ojos sonriendo.

—Gulchada, le dijo Mollah-Nur, ¿quieres que te haga una reverencia hasta el suelo?

—Sí quiero, respondió el mozo, y para mí será una novedad verte á mis pies.

—Poquito á poco, Gulchada. Antes de la miel de la abeja está el aguijón. Mira allá abajo.

El joven fijó la mirada en la dirección indicada por Mollah-Nur.

—¿Ves aquel viajero? preguntó el bandido.

—Sí.

—Tan conocido me es su nombre como su corazón. Es intrépido como un leopardo; no hay en Derbend quien en certera puntería le iguale. Vé á su encuentro, desármale y tráemelo. Si así lo haces, durante toda la noche seré tu servidor, y te rendiré homenaje delante de todos los compañeros. ¿Aceptas?

—De mil amores, respondió Gulchada.

El mancebo saltó sobre fogoso caballito de mon-

taña y se lanzó por un angostísimo sendero, que más parecía una línea trazada con lápiz que un camino abierto en la peña.

Por espacio de algunos segundos, Mollah-Nur oyó rodar las piedras bajo los cascos del caballo; pero el mancebo estaba ya fuera del alcance de la mirada.

Todos los compañeros de Mollah-Nur miraron abajo, afanosos por ver lo que iba á pasar.

El jefe estaba más atento que sus subordinados.

Tal vez se arrepentía de haber expuesto al mozo á semejante peligro, pues cuando Gulchada no se encontró sino á pocos pasos de Yusuf, escapósele de las manos la pipa y pintósele la ansiedad en el semblante.

Hadji Yusuf, ni remotamente sospechaba lo que ocurría, ó más bien lo que iba á ocurrir; sobrecitado por el aguardiente que bebiera, procuraba tranquilizarse á sí mismo hablando en voz alta y considerándose más valiente que Schinderhannes ó Juan Sbogar.

—¡Brrr! no en vano mi fusil ostenta esta inscripción: *¡Cuidado! que respiro fuego*. Al primer bandido que se atreviera á cruzarse en mi camino, le quemaba las barbas. Por lo demás, nada tengo que temer: mi coraza es á prueba de bala. Pero ¿dónde están esos bandidos? ¡Ah, cobardes! se esconden. No puede ser sino que me han visto. Malhayan los cobardes, los detesto.

De improviso, al doblar el recodo de un sendero y cuando hacía roncar en sus labios la última sílaba de su frase, oyó una voz bronca que le gritaba:

—¡Alto y apearcel!

Yusuf, muerto de miedo, levantó la cabeza y vió á diez pasos el cañón de un fusil apuntado á su pecho.

—¡Ea, vivo, apearcel le gritó por segunda vez la misma voz con acento que le pareció á aquél más bronco que la primera; y te advierto que como lleves la mano á tu fusil ó á tu chasca, ó intentes huir, te envío una bala. Primeramente venga el fusil.

—No sólo mi fusil, sino mi alma, señor bandido, respondió Yusuf temblando como un azogado. Soy un buen muchacho, incapaz de hacer mal á nadie. No me matéis; seré vuestro criado, cuidaré de vuestro caballo, os cepillaré la ropa...

—¡El fusil! ¡el fusil! dijo la voz.

—Helo ahí, repuso Yusuf colocándolo con mano trémula sobre la roca.

—Ahora las demás armas: la chasca, el candjiar y la pistola.

—Aquí está, decía el desventurado Yusuf á cada palabra del bandido y colocando en el suelo el arma designada por éste.

—Ahora, vuelve del revés tus bolsillos.

Yusuf arrojó junto á sus armas cuanto dinero traía encima, mientras imploraba la clemencia del bandido.

—Si no te callas, dijo Gulchada, te corto la lengua y la echo á los perros.

—Perdonad, señor bandido; si tal es vuestro deseo, no proferiré una palabra más.

—¡Cállate, te digo!

—Escucho y obedezco.

Pero hasta que Gulchada le apuntó una pistola al pecho, el desdichado Yusuf no cesó de hablar.

Gulchada le ató las manos, le tomó las armas y le hizo emprender la marcha hacia la meseta donde Mollah-Nur y sus compañeros aguardaban el fin de esta comedia.

Después de un cuarto de hora de ascensión, Yusuf se encontró delante del capitán de bandidos, en torno del cual y guardando un silencio amenazador formaban rueda sus compañeros.

Gulchada colocó las armas de Yusuf á los pies de Mollah-Nur, quien hizo entonces tres grandes reverencias al mancebo y le besó en la frente. Luego se volvió hacia el prisionero, y le preguntó:

—¿Sabes quién te ha desarmado, Yusuf?

Al sonido de esta voz, Yusuf se estremeció de pies á cabeza y respondió:

—El valiente entre los valientes, el fuerte entre los fuertes. ¿Qué podía yo contra aquel á cuya presencia el león se convertiría en liebre y en Goliat un niño de ocho días?

Los bandidos se echaron á reír.

—Mira á este valiente entre los valientes, á este fuerte entre los fuertes, dijo Mollah-Nur quitando á Gulchada el blanco papac que le cubría la cabeza.

Una cascada de largos y negros cabellos se desparamó por los hombros de la joven, la cual se puso encarnada como la flor de que llevaba el nombre y se arrojó sobre el pecho del bandido, que la esperaba con los brazos abiertos.

—Yusuf, dijo Mollah-Nur, tengo el honor de presentarte mi mujer.

Resonó una descomunal carcajada en los oídos del desdichado prisionero, el cual, encendido de vergüenza el rostro, tuvo sin embargo bastante energía para decir:

—Perdóname, señor; no me vendas en las montañas; puedo pagarte un buen rescate.

Las cejas de Mollah-Nur se juntaron como dos sombrías nubes preñadas de rayos.

—¿Sabes á quién propones un rescate, gallina? dijo con voz de trueno el capitán de foragidos á Yusuf. ¿Imaginas, miserable, que soy un tablajero de Derbend, que vendo carne podrida en lugar de carne fresca? ¿Crees que para darte la libertad voy á exigirte oro cuando no vales un perdigón? ¿Qué me aprovecharía venderte en las montañas? ¿Para qué sirves, perro rabón? Ni siquiera para escarbar la tierra con tu nariz. Me dirás que, al igual que una nodriza ó una aya, puedes contar á los niños cuentos de ogros y de gigantes; mas para esto sería preciso que te vistieras de mujer, y así, en lugar de divertir á los inocentes, les darías miedo. Ya ves que te conozco, Yusuf, y que

no me ando con cumplidos. Ahora dime tú qué piensas de mí. Yo soy Mollah-Nur.

Al escuchar este nombre terrible, Hadji Yusuf se cayó de bruces, cual herido por el rayo, y dijo:

—¡Alá! ¿tú quieres que te diga qué pienso de ti, que te juzgue, cuando sería para mí título de orgullo el hacer mis abluciones con el polvo que pisas (1)? ¡Huseín y Alí me libren de ello!

—Oye, Yusuf, dijo Mollah-Nur, y acuérdate de lo que voy á decirte: no gusto de repetir dos veces la misma orden. Te he preguntado una vez qué piensas de mí; ahora vuelvo á preguntártelo; pero no lo repetiré. Escucho.

—¿Qué pienso de ti? El diablo me casque la cabeza como se casca á una nuez si de ti pienso cosa alguna que no pueda serte grata. ¡Yo pensar mal de ti! ¡yo, un cero! ¡yo, un grano de polvo!

—¡Yusuf! exclamó Molla-Nur dando una terrible patada en el suelo, ya te he dicho que nunca había repetido la misma orden tres veces.

—No te irrites, no te irrites, gran Molla-Nur; no me aniquiles con el fuego de tu cólera. Tu deseo ha convertido en perlas las ideas de mi cerebro, perlas que no son sino vidrio comparadas con tus cualidades. ¿Quieres saber qué pienso de ti, ilustre Mollah-Nur? Ya que así lo exiges, voy á decírtelo. Pienso que tu entendimiento es un fusil adornado de oro y plata, cargado por la sabiduría, que dispara la verdad y nunca yerra el tiro; pienso que tu corazón es un tarro de esencia de rosas que derrama sobre cada uno el perfume de sus virtudes; que tu mano siembra el bien con igual profusión que el labrador el trigo, y que tu lengua es una rama cuajada de flores de justicia y frutos de bondad. Ya me parece que estás diciendo:

(1) Cuando carecen de agua, los musulmanes pueden hacer sus abluciones con arena ó polvo.

«Vuélvete á tu casa, mi buen Yusuf, y acuérdate toda tu vida de Mollah-Nur». ¿He adivinado, hombre sublime?

—Eres un grande orador, Yusuf, no te lo niego, repuso el salteador, pero mal adivino; y para probarte que no has acertado, escucha mi sentencia: Por haberte dejado desarmar, maniar y hacer prisionero por una mujer, siendo como eres beg...

—¿No es asimismo mujer la Muerte, interrumpió Yusuf, y sin embargo es más terrible que los hombres más terribles?

—Déjame que concluya, Yusuf, seré lacónico. Por no ser digno de vivir quien tanto teme á la muerte, morirás.

Yusuf dió un gemido.

—Mañana será la última de tu vida; y si profieres una sola palabra, ó exhalas una sola queja, ó se te escapa una sola murmuración, añadió Mollah-Nur llevando la mano á su puñal, ni siquiera verás el nuevo sol. Ea, apretarle las ligaduras, conducirle á la caverna y dejarlo solo en ella para que hable allí cuanto se le antoje.

Á una señal de Mollah-Nur se llevaron al pobre Yusuf como quien se lleva un costal de harina.

—Va á morirse de miedo antes de mañana, dijo Gulchada á su amante. No le espantes de esta suerte, amado mío.

—Esto le servirá de lección, contestó Mollah-Nur riendo; ¡vaya con el gallina! Nunca el miedo ha salvado á nadie. El cobarde muere cien veces; el valiente una sola, y aun se toma tiempo.

Luego, dirigiéndose á los bandidos, Mollah-Nur dijo:

—Hijos míos, os dejo por espacio de una hora: si me sucede algo, si por acaso no vuelvo, Gulchada os conducirá, pues hoy ha demostrado ser digna de regir á hombres. ¡Ay de aquel que no la obedezca! Adiós, Gulchada, continuó estrechando á la mujer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

contra su corazón y dándole un beso en la frente; y te digo adiós y te beso, porque voy á tener un encuentro un poco más serio que el tuyo. Mucho tiempo hacía que deseaba medir mis fuerzas con las de Iscánder-Beg, y gracias á mi núquer sé dónde hallarle. Como no me encuentre de regreso antes de que cierre la noche, seguid mis huellas y ved de hallar mi cuerpo, para que no desaparezca devorado por los chacales, como un caballo reventado. Si oís gritos y tiros de fusil, nadie se mueva; si Iscánder me mata, nadie me vengue. Aquel que mate á Mollah-Nur debe seros sagrado, porque demostrará ser un valiente. Me voy de caza; adiós.

El bandido se echó el fusil á la espalda y partió.

IX

El precipicio

Ínterin, Iscánder-Beg había dado con un sendero que rodeaba la montaña.

Á su derecha se abría un precipicio, y á su izquierda se erguían enormes peñascos resquebrajados en algunos sitios por el rayo.

El intrépido viajero no podía retroceder; le era menester seguir adelante, pues el sendero era tan estrecho, que en él no podía dar la vuelta un caballo.

Por fin, Iscánder llegó á un peñasco por debajo de la bóveda del cual debía pasar.

Debajo de dicha bóveda el camino estaba cortado; pero un trozo de hielo, desprendido de la montaña, formaba un frágil y cristalino puente, á cuyo pie se abría un abismo profundo que servía de lecho á un amenazador torrente.

El joven se detuvo, y por espacio de un segundo

palideció y cubriósele de sudor el rostro; pero el recuerdo de Casima le restituyó la presencia de ánimo.

Luego y con experta mirada reconoció en el hielo la huella de un caballo, y sabiendo que pasando rápido pesaría menos, excitó al suyo con la voz y las rodillas.

Apenas hubo salvado el frágil puente, cuando oyó á su espalda derrumbarse éste en el precipicio.

Por fin y al ver al otro lado de la bóveda la luz, más brillante todavía por la irradiación de la nieve, respiró con más libertad; pero prontamente y en medio del marco que dicha bóveda formaba, apareció un jinete, que por un efecto óptico tomó las proporciones de un gigante.

—¡Alto y arroja tus armas ó aquí llegó tu hora! gritó á Iscánder el jinete; soy Mollah-Nur.

Iscánder, admirado de pronto ante tan inesperado encuentro, tiró de la rienda á su caballo; pero al oír el nombre de Mollah-Nur, un peligro le hizo olvidar el otro, y espoleando á su cabalgadura y pasando del hombro á las manos su fusil, dijo:

—¿Tú eres Mollah-Nur? Pues bien, quitate de ahí; para dos no hay sitio.

—Entonces Dios decida quién debe pasar, contestó el bandido apuntando su pistola al pecho de Iscánder, que sólo se encontraba á diez pasos de distancia. Tira tú primero.

—Tira tú: ya ves que no me escondo detrás de mi caballo.

Ambos contendientes permanecieron frente á frente por espacio de algunos segundos, con el arma levantada y esperando cada uno que el otro disparase.

Luego los dos bajaron el arma respectiva.

—Eres valiente, Iscánder, dijo Mollah-Nur, y á un valiente no se le quitan las armas. Dame tu caballo y vé adonde quieras.

—Primeramente toma mis armas y luego apodérate de mi caballo; pero mientras en mi fusil quede un

cartucho y sustente yo el alma en el cuerpo, la mano de la afrenta no tomará por la brida á mi caballo.

—No necesito de tu fusil ni de tu caballo, dijo Mollah-Nur sonriendo; sólo deseo que hagas lo que yo quiero. No me he convertido en capitán de una pandilla por el cebo de miserable botín, sino por mis hábitos de mando. ¡Ay de aquel que no me obedecel! He oído hablar de ti repetidas veces en són de alabanza, y por mí mismo veo ahora que eres valiente, Iscánder; pero no he venido á cruzarme en tu camino para nada; de consiguiente no vamos á separarnos sin que hayamos cruzado nuestros sables. Ahí mi última exigencia: saludame; tiéndeme la mano y dime: «Seamos amigos», y te franqueo el paso.

—Toma, ahí va mi contestación, dijo Iscánder encarando su fusil á Mollah-Nur y apretando el gatillo.

Pero el arma dió higa, sin duda á causa de haber caído una gota de agua en el cebo al pasar por debajo de la bóveda.

Iscánder se echó de nuevo y con furia su fusil á la espalda, tiró de una pistola que llevaba al cinto é hizo fuego.

La bala fué á aplastarse contra las cartucheras de plata que adornaban la cherkesa de Mollah-Nur, el cual no hizo sino cruzarse de brazos y responder con risa burlona á la cólera de Iscánder.

—¡Ah! ¡no te escaparás! gritó éste blandiendo la chasca y abalanzándose á Mollah-Nur.

El bandido desenvainó su sable, cuya hoja brilló como el rayo que brota de la nube; el arma de Iscánder silbó sobre la cabeza de aquél y bajó con la furia de la cólera divina.

Entonces y con horroroso estrépito el puente de hielo se rompió bajo los pies de los duelistas. El caballo de Iscánder se habia levantado sobre sus pies en el instante en que el sable de su amo se abatía sobre la cabeza de Mollah-Nur; pero éste no recibió el golpe por haber caído en el precipicio.

Iscánder-Beg, que cayera de espaldas, se había agarrado á una aspereza de la peña, con tanta más fuerza cuanto sintió que el caballo se le deslizaba debajo de las piernas y resbalaba por la rápida pendiente que formó el puente al inclinarse.

El noble bruto hizo un esfuerzo supremo, reunió todas sus fuerzas en sus corvejones postreros, é impulsado por este su férreo resorte, salvó la abertura y cayó en el lado opuesto de la sima, inundado de sudor y trémulo de espanto.

Por fortuna Iscánder había sacado de los estribos los pies. Con el peso del jinete, al caballo le hubiera sido imposible franquear el abismo.

Detrás y á los pies del joven el puente se derrumbaba con estrépito horrible. La sima aullaba de alegría, como tigre que devora su presa; luego el silencio más sepulcral sucedió á este rugido.

Iscánder había quedado suspendido de la bóveda.

Á los pies de él y por la rotura de la capa de hielo quedó al descubierto una peña cuya cúspide tendría unos dos ó tres pies de diámetro y alrededor de la cual flotaba el vacío.

Iscánder sintió que se le adormecían los brazos y se le crispaban los nervios, y comprendiendo que no podía permanecer mucho tiempo en semejante posición, y que si á pesar suyo soltaba la peña no había remedio para él, con la mirada certera y la tranquilidad del montañés calculó la distancia, extendió cuanto pudo los brazos para disminuir ésta todo lo posible y se dejó caer verticalmente en la peña, quedando en pie sobre este pedestal de granito, semejante á la estatua de bronce de la Voluntad.

Estaba salvado, á lo menos momentáneamente; mas para sustraerse al vértigo, se vió obligado á cerrar los ojos.

Pronto sin embargo volvió á abrirlos para tender una mirada investigadora en torno de sí y buscar una salida.

Aquella excrecencia de peña, si así podemos expresarnos, formaba una falda resbaladiza, arruinada en algunos sitios, y con todo practicable para un montañés.

Agarrándose con pies y manos, Iscánder consiguió recorrer un semicírculo en torno de la inmensa columna, y entonces se encontró en la pendiente exterior del torrente.

Subir de nuevo hasta el camino que siguiera para venir, era tan imposible como trepar á lo alto de una pared lisa.

No le quedaba, pues, otro recurso que bajar al fondo del precipicio, y una vez en él seguir por el lecho del torrente hasta hallar un sendero practicable.

Además, á Iscánder le atormentaba una idea: ¿qué había sido de Mollah-Nur, el cual, por más que fuese bandido, era un valiente?

Si sólo estaba herido, era menester llevarle socorro; si muerto, sustraer su cadáver á los dientes de las fieras.

Para quien no hubiese sido Iscánder ó un montañés nacido en la pendiente del abismo, aquel descenso era imposible.

Iscánder lo emprendió.

El camino, ó más bien el sendero que el joven siguiera con su caballo, estaba cortado, como hemos dicho, por una grieta profunda sobre la que existía echado el puente de hielo que se había roto bajo los pies de los caballos. Iscánder se encaminó hacia dicha grieta, y llegado que hubo al ángulo que la misma formaba, descendió con ayuda de las asperidades que ofrecía la peña, empleando más de una hora para recorrer un cuarto de versta, hasta que por fin tocó el fondo.

Sólo entonces se atrevió á levantar la cabeza.

Mollah-Nur, al caerse de una altura quizá no menor de quinientos pies, había reventado muchos puentecitos de hielo sobrepuestos, concluyendo por sepul-

tarse en un inmenso lecho de nieve, del cual, como de un ventisquero, nació el torrente.

Dicha nieve, sin embargo de no tener la consistencia de la roca ó del hielo, podía aguantar el peso de un hombre.

Iscánder, á riesgo de perecer engullido en él, se aventuró en el expresado lecho, al que sólo llegaba una luz mortecina y en el que hacía un frío por demás intenso.

Pronto y por los rotos puentes que encima de su cabeza descubría, el joven adivinó que debía de haber llegado al sitio donde Mollah-Nur cayera.

Caballo y jinete, al despeñarse, habían abierto un descomunal embudo en la nieve, al que Iscánder se dejó deslizar, hasta que un cuerpo resistente le detuvo en su descenso.

Acababa de encontrar el caballo, el cual tenía la cabeza completamente aplastada.

Entonces buscó al hombre y sintió un brazo, del que tiró apoyándose en el cadáver del caballo, consiguiendo por fin sacar de la nieve, en que yacía sepulto, el cuerpo del bandido.

Mollah-Nur estaba pálido como un difunto, tenía los ojos cerrados y había cesado de respirar.

Sin embargo no tenía roto miembro alguno, ni se veía en su cuerpo la más leve herida. En virtud de las leyes de la gravedad, la caída del animal había precedido la del hombre y abierto camino á éste. El caballo había salvado al jinete.

Iscánder consiguió cargarse en hombros el cuerpo del bandido, salir del embudo y volver al fondo del valle.

Una vez en el cual frotó el rostro de Mollah-Nur con su traje, le golpeó con fuerza las palmas de las manos y le roció la cara con agua helada.

Mollah-Nur continuó desmayado.

—Aguarda, murmuró Iscánder, que yo te prometo despertarte si todavía tienes el alma en el cuerpo.

Y sentándose, colocó la cabeza de Mollah-Nur sobre una de sus rodillas, cargó una de sus pistolas y la disparó cerca del oído de éste.

El ruido que produjo el disparo resonó como un trueno.

Mollah-Nur abrió los ojos é hizo un movimiento como para llevar la mano á su candjiar.

—¡Ah! ya lo sabía yo, murmuró Iscánder.

El bandido, que no pudo ejecutar del todo el movimiento, dejó caer de nuevo la mano, abrió los ojos, de mirar vago todavía, y ensayó, aunque en vano, pronunciar algunas palabras.

Por fin Mollah-Nur exhaló un suspiro, y el discurso, al invadir de nuevo su cerebro, le iluminó los ojos con un rayo de inteligencia; luego fijó una mirada en Iscánder, y al conocerle y comprender que le debía la vida, hizo un esfuerzo y murmuró:

—¡Iscánder-Beg!

—¡Ah! dijo éste, ¡qué dicha! Si, soy Iscánder-Beg, y no quiero que te mueras, ¿oyes? porque eres un valiente; los chacales y los zorros abundan, pero no los leones.

Por las mejillas del bandido rodó una lágrima.

—Después de Dios, dijo Mollah-Nur estrechando una mano á Iscánder, á ti debo la vida; á ti, pues, como á él, te estaré eternamente agradecido. No te doy las gracias porque me hayas arrancado de las garras de la muerte, sino porque has expuesto tu vida para salvarme. Los hombres me han insultado, menospreciado y vendido; ellos han sido los fautores de mis desventuras, y les odio. La naturaleza me ha dotado de muchos instintos perversos; pero los hombres me han achacado muchos más que no me diera la naturaleza. Sin embargo, ni mis amigos ni mis enemigos pueden acusarme de ingrato. Escucha, Iscánder, añadió el bandido incorporándose: la desgracia recorre toda la tierra, y puede ser que un día descargue sobre ti su pesada mano. La mía y mi corazón

están á tu servicio, y el corazón y la mano que te ofrezco nada temen en el mundo. Para salvarte acudiré do quiera que sea y me dejaré cortar la cabeza. Por lo demás, ya juzgarás de mí llegada la ocasión... Ahora veamos si se me ha roto algún miembro del cuerpo.

Mollah-Nur se levantó como pudo, se tanteó uno y otro brazo, luego los muslos y las piernas, y, aunque, como era natural, tambaleándose, dió algunos pasos.

—La cabeza, dijo, la tengo todavía un poco turbada, pero el cuerpo sano. Ea, Alá ha velado por mí; á lo que parece aún soy necesario á sus designios sobre la tierra.

—Y ahora, ¿cómo y por dónde vamos á salir de aquí? preguntó Iscánder.

—Tú me haces pensar en ello, respondió Mollah-Nur; pero me veo obligado á decirte lo que tanto le cuesta á los hombres: nada sé.

—Sin embargo, arguyó Iscánder, no podemos permanecer aquí sin exponernos á perecer de hambre.

—Antes que tal llegue nos comeremos primeramente mi caballo, y luego el tuyo; porque aun cuando en medio de mi caída he visto poco, he notado que estaba muy próximo á seguirme.

—No, por fortuna, repuso Iscánder con verdadera alegría; mi pobre carabach está salvado... Toma, ¡por Alá! le oigo relinchar.

Los dos volvieron la cabeza hacia el lado de donde partiera el relincho, y vieron venir á su encuentro y por el álveo del torrente el caballo.

—¿No preguntabas cómo íbamos á salir de aquí? dijo Mollah-Nur: tu caballo te responde; el diablo se me lleve si no subimos por donde él ha bajado.

Iscánder, fuera de sí de gozo, se fué al encuentro de su caballo, el cual, por su parte, corría al de su amo con tanta cuanta rapidez le permitía la fragosidad del camino.

Una vez jinete y caballo se hubieron reunido, Is-

cánder echó los brazos al cuello del animal y le besó cual hubiera besado á un amigo.

El caballo relinchaba de alegría; el hombre lloraba de gozo.

—Ea, dijo Mollah-Nur, que contemplaba sonriendo aquel cuadro, ahora que os habéis encontrado, si quieres pregunta por el camino á tu caballo, ya que nada, á mi parecer, nos detiene aquí.

Iscánder dejó pasar adelante su carabach, como pudiera haber hecho con un perro, y comprendiendo indudablemente el noble bruto el servicio que esperaban de su inteligencia, tomó de nuevo el camino por el cual había venido.

A cosa de media versta el caballo se detuvo, olió la tierra, miró á lo alto, y sin vacilación se internó en la montaña.

Parando mucho la atención se descubría un pequeño y apenas perceptible sendero abierto por las cabras monteses que descendían á abrevarse en el torrente.

El caballo fué el primero que penetró en el sendero mencionado.

—Sigue á mi caballo y ásete de su cola; no diré si tienes la cabeza cargada, pero sí que las piernas te flaquean.

—Me encuentro en mi casa, contestó Mollah-Nur, la montaña es mi vivienda: á mí me toca hacerte los honores de ella; pasa adelante.

Iscánder siguió á su caballo, y al cabo de media hora de ascensión casi imposible, jinete, bandido y cabalgadura se hallaron de nuevo en la senda que Mollah-Nur siguiera para salir al encuentro de aquél.

Dicha senda conducía á la plataforma donde el capitán de bandoleros había dejado á Gulchada y á sus compañeros.

El sol acababa de trasponer el horizonte.

Gulchada y los compañeros de Mollah-Nur, como

viesen que éste no estaba de regreso en el plazo que fijara, iban á salir en su busca.

La joven, al ver á su amante, le echó los brazos al cuello, mientras los bandidos rodeaban á su jefe.

Mollah-Nur, empero, apartó á Gulchada y á sus compañeros, y haciendo penetrar á Iscánder en aquel círculo de rostros alegres, que se pusieron de nuevo sombríos al ver al recién llegado, dijo:

—Aquí os presento á mi hermano mayor. Desde este instante le debéis las tres cosas que me habéis jurado á mí: amor, respeto y obediencia. Do quiera encuentre á uno de vosotros, podrá ordenarle lo mismo que yo. Quien le preste un favor, por pequeño que sea, será acreedor mío y tendrá derecho á exigir con creces el pago del mismo; el que se lo preste grande, éste puede contar con mi gratitud eterna; pero aquel que le toque en un cabello, no se evadirá de mi venganza aun cuando se esconda en los abismos del mar, ni en la tumba, lo juro; y el diablo con sus afiladas garras me arranque la lengua si no cumplo lo que digo. Ahora á cenar.

Algunos bandidos tendieron una alfombra en el suelo y luego sirvieron una mala cena; y es que lo preocupados que estaban todos con la ausencia de su capitán, había hecho que se ocuparan poco en el alimento.

Gulchada, según costumbre de las mujeres tártaras, no comía con su amante, sino que se estaba tímidamente en pie y apoyada en una peña.

Iscánder notó la mirada triste de la joven y solicitó para ella un sitio en la alfombra.

—Es justo, dijo Mollah-Nur; hoy Gulchada es hombre y no mujer.

En cenando, Iscánder, conmovido ante la belleza de una noche de verano, enternecido ante las fraternales atenciones que le prodigaba Mollah-Nur, no pudo retener el secreto que le henchía el pecho y contó su amor por Casima.

—¡Oh! dijo, si yo pudiese en lo porvenir volar como un pájaro, tan sólo por un mes, conduciría á Casima á esta cumbre y le mostraría cuánto me avergüenza y me entristece contemplar yo solo, tan hermoso es lo que estoy viendo. Me hubiera gozado en su admiración, y cuando ella hubiese exclamado: «¡Es magnífico!» yo, estrechándola contra mi corazón, le hubiese dicho: «Es magnífico, pero tú eres más hermosa todavía; nada hay en el mundo que á ti se iguale; á ti amo más que á la montaña, más que al valle, más que á los torrentes y á la naturaleza entera». Tú ves, Mollah-Nur, cómo la tierra, iluminada suavemente por la luna, se adormece arrullada por las mil sonrisas de la creación; pues bien, creo que todavía es más suave para el hombre adormecerse al calor de los besos de la mujer á quien ama. Tú eres dichoso, Mollah-Nur; eres libre como el viento. El águila te presta sus alas para pasar por encima de las más elevadas cumbres. Tienes una compañera intrépida, y si esto no me admira, despierta mi envidia.

Mollah-Nur movió tristemente la cabeza al escuchar al joven que de esta suerte le hablaba desde los umbrales de la vida, y replicó:

—Todos nacemos con nuestro sino; pero créeme, Iscánder, no envidies el mío, y sobre todo no sigas mi ejemplo. Es peligroso vivir con los hombres, pero vivir alejado de ellos es triste. Si vivir con sus odios amarga la existencia, su amistad es el opio que embriaga y adormece. No mi voluntad, sino mi destino me ha lanzado fuera de su círculo. Nos separa un arroyo de sangre, y no está ya en mí el franquearlo. La libertad es el más preciado dón del cielo, lo sé; pero el proscrito no goza de libertad, sino únicamente de independenciam. Soy señor y dueño de la montaña, rey de la estepa, es cierto; pero tengo un imperio poblado solamente de fieras. Hubo tiempo en que odié y desprecié á los hombres; hoy mi alma está fatigada de despreciar y odiar. Soy temido, y mi nom-

bre inspira tanto terror, que las madres lo emplean para acallar á sus hijuelos cuando lloran; mas el terror que inspiramos es un juguete del que, como de los demás, nos cansamos pronto. El humillar á los hombres, el hacer befa de cuanto éstos ensalzan, el descubrir sus bajezas abriendo sepulcros blanqueados, nos satisface y nos enorgullece momentáneamente, pues aunque nos sintamos más criminales, nos consideramos menos despreciables que los demás. Esto nos regocija por una hora, pero nos entristece por un mes. El hombre es malo de suyo, sí, más á la postre es hermano del hombre. Tiende la mirada en torno de nosotros, Iscánder; las montañas que ves son imponentes, frescos los bosques que divisan, fértiles las tierras del Daghestán que desde aquí descubres; con todo no hay caverna en la montaña, árbol en el bosque ni casa en el llano donde pueda yo descansar la cabeza y decir entre mí: «Aquí puedo dormir tranquilamente; aquí, durante mi sueño, no me herirá una bala enemiga, ni me verá agarrotado como una fiera». Vuestras ciudades, Iscánder, están pobladas y á las veces rebosan de gente; sin embargo, rico ó pobre, todos y cada uno hallan sitio en ellas, un techo que les pone al abrigo de la lluvia ó del frío. Cuanto á mí, mi burca es mi casa, mi techo, mi abrigo. La ciudad no me dará siquiera un rincón de tierra donde descansen mis huesos. La tristeza es como la mujer del Khan: sabe andar sobre alfombras de terciopelo; pero, al igual que la cabra, también debe saber saltar de peña en peña. La tristeza es mi sombra y, ya lo ves, hasta aquí me acompaña.

—¿Luego has sufrido mucho, Mollah-Nur? preguntó Iscánder con interés.

—No despiertes mis recuerdos, amigo mío. Cuando pases por el peñascal donde me he hundido y del que tú me has sacado, no le preguntes si es el rayo ó el hielo el que ha abierto aquella sima en su granito, sino pasa rápido, porque su puente es por demás frá-

gil y podría derrumbarse bajo tus plantas. En los jardines se siembran las flores, pero no se inhuma en ellos á los muertos. No, no quiero entenebreecer la mañana con las tormentas de mediodía. Lo que fué ha sido; nadie puede modificar lo pasado, ni aun por querer de Alá. Buenas noches, Iscánder, y Dios quiera que en sueños persona alguna sufra lo que yo he sufrido en realidad. Mañana te mostraré el camino más corto para llegar al Chakh-Dague.

Mollah-Nur se tendió en su burca; los demás dormían hacia una hora.

Iscánder tardó mucho en conciliar el sueño, ocupado en pensar en los acontecimientos de aquel día y en las sombrías palabras del bandido; y cuando estuvo dormido, agitóle la más terrible pesadilla. Ora le parecía que una bala le atravesaba de parte á parte el cuerpo, ora que caía en un abismo sin fondo.

Nuestros sueños son el recuerdo del camino que hemos recorrido, la turbación y la agitación de los acontecimientos pasados.

Sólo hay un dormir sin sueños: el de la muerte.